

de sinceridad ó de amor propio le hubieran cerrado la entrada. No se preocupaba el círculo en cuanto al número de sus individuos, ni propendía á concentrar en sus manos toda la actividad que se notaba entre la juventud, ó á incluir en una sola organización los numerosos que existían en la capital y en provincias. Con casi todos ellos mantenía amistosas relaciones, ayudándonos mutuamente, cuando el caso se presentaba, sin que la cuestión de autonomía sufriera el menor menoscabo.

El círculo prefería permanecer siendo un grupo de amigos íntimamente unidos, y jamás encontré en ninguna otra parte tal número de hombres y mujeres superiores, como aquellos que conocí al asistir por primera vez al Círculo de Tchaykousky, sintiendo todavía una verdadera satisfacción al recordar fué admitido en su seno.

XIV.

Cuando entré de socio en aquel círculo, hallé á sus miembros discutiendo acaloradamente la dirección que debían dar á su actividad. Unos eran partidarios de que se continuara haciendo propaganda radical y socialista entre la juventud ilustrada, en tanto que otros opinaban que el único objeto de este trabajo debería ser el preparar á hombres que fueran capaces de levantar á la grandes é inertes clases trabajadoras; debiendo, por consiguiente, dedicar todas sus energías á la propaganda entre los campesinos y los operarios de las poblaciones. En todos los círculos y grupos que en aquel tiempo se formaron á centenares en San Petersburgo y en provincias, el mismo tema se discutía, y en todas partes la segunda proposición prevaleció sobre la primera.

Si nuestra juventud únicamente hubiera aceptado el socialismo en abstracto, se hubiese dado por satisfecha con una simple declaración de principios, incluyendo, como aspiración lejana, « la posesión en común de los instrumentos de producción », y con sostener al mismo tiempo alguna clase de agitación política. Muchos socialistas políticos de la clase media en el Occidente de Europa y en América se conforman con seguir tal dirección. Pero nuestra juventud había comprendido el socialismo de otra manera; no eran socialistas teóricos; habían aprendido el socialismo viviendo lo mismo que los trabajadores; no haciendo distinción entre « lo tuyo y lo mío » en sus círculos, y negándose á gozar en provecho propio las riquezas que heredaron de sus padres. Habían hecho, con relación al capitalismo, lo que Tolstoï indica debiera hacerse respecto á la guerra, cuando aconseja al pueblo que, en vez de criticarla y seguir usando el uniforme militar, se niegue cada uno por su parte á ser soldado y tomar las armas. De igual manera, nuestra juventud rusa de ambos sexos se negaba individualmente á aprovecharse con carácter personal de las rentas de sus padres. Este modo de identificarse con el pueblo era, indudablemente, necesario. Miles y miles de jóvenes, varones y hembras, ya habían abandonado sus hogares, procurando ahora vivir en los pueblos y poblaciones industriales de todos los modos posibles. No era este un movimiento combinado, sino uno de carácter general, de esos que ocurren en ciertos períodos del repentino despertar de la conciencia humana. Y ahora que se habían constituido pequeños grupos organizados, dispuestos á intentar un esfuerzo sistemático para

difundir ideas de libertad y de rebeldía en Rusia, se veían obligados á extender esa propaganda entre las masas de los campesinos y los trabajadores de las ciudades. Varios escritores han tratado de explicar este movimiento « hacia el pueblo » por la introducción de influencias extrañas; « los agitadores extranjeros se hallan en todas partes », era una explicación muy generalizada. Verdad es que nuestra juventud oyó la poderosa voz de Bakunin, y que la agitación de la Asociación Internacional de Trabajadores ejerció en nosotros una influencia fascinadora. Sin embargo, el movimiento tenía un origen mucho más profundo; empezó antes que « los agitadores extranjeros » hablaran á la juventud rusa, y aún con anterioridad á la fundación de la Internacional. Tuvo sus comienzos en los grupos de Karakozoff en 1866; Turgueneff lo vió venir, y ya en el 59 lo indicó vagamente. Hice cuanto pude por impulsar tal movimiento en el Círculo de Tchaykousky; pero me favoreció la marea que subía y era infinitamente más poderosa que cualquier esfuerzo individual.

Hablábamos con frecuencia, como es de suponer, de la necesidad de una agitación política contra nuestro gobierno absoluto. Ya entonces veíamos que los campesinos en masa eran arrastrados á una completa é inevitable ruina por lo absurdo de los impuestos y por la gran insensatez de confiscarles el ganado para cubrir los atrasos. Nosotros, los « visionarios », sentimos aproximarse esa total ruina de toda una población, que á la hora presente ya, por desgracia, se ha realizado en un grado alarmante en la Rusia central, y que confiesa el gobierno mismo. Sabíamos cómo, en todas direcciones, era el país saqueado del modo más escandaloso; conocíamos y comprobábamos más y más diariamente de qué manera los funcionarios públicos despreciaban la ley y la crasa ignorancia que á muchos de ellos caracterizaba. Oíamos continuamente hablar de amigos cuyas casas eran asaltadas durante la noche por la policía, que desaparecían en las prisiones, y que — según después supimos — habían sido transportados, sin formación de causa, á algún oscuro pueblo de una remota provincia rusa. Comprendíamos, por consiguiente, la necesidad de la lucha política contra tan terrible poder, que trituraba las mejores fuerzas intelectuales de la nación; pero no hallábamos un terreno legal, ó semilegal siquiera, donde poder dar la batalla.

Nuestros hermanos mayores no participaban de nuestras aspiraciones socialistas, y nosotros no podíamos desprendernos de ellas; pero, aunque alguno lo hubiera efectuado, de nada le hubiese servido. La nueva generación, en su conjunto, era considerada como « sospechosa », y la anterior temía tener contacto con ella. Todo joven de tendencias democráticas, toda joven que siguiera un curso de enseñanza superior, era motivo de recelo para la policía de Estado, y denunciado por Kalkoff como un enemigo del Estado. Una muchacha con el cabello corto y lentes azules, ó un estudiante que llevase en invierno una manta escocesa en vez de un sobretodo, signos ambos de sencillez nihilista y costumbres democráticas, eran denunciados como « gente de poca confianza ». Si la casa donde se hospedaba el estudiante era frecuentemente visitada por sus compañeros, la policía de Estado la registraba periódicamente. Tan corrientes eran estas irrupciones nocturnas en determinados alojamientos de estudiantes, que Kelnitz dijo una vez, con la suave ironía

que le caracterizaba, al oficial de policía encargado del registro: «¿A qué os molestáis en recorrer todos nuestros libros cada vez que venís á hacer un reconocimiento? Con tener una lista de ellos y confrontar los unos con la otra mensualmente, agregando á aquélla los títulos de los nuevos, todo estaba terminado». El más pequeño indicio de que se ocupaba de política, bastaba para sacar á un joven de una escuela superior, tenerlo varios meses preso, y, por último, mandarlo á alguna remota provincia de los Urales «por tiempo indefinido», como se acostumbraba á decir en la jerga burocrática. Aun en la época en que el círculo de Tchaykousky no hacía más que distribuir libros aprobados por la censura, el amigo que daba nombre á aquél fué preso dos veces, pasando cuatro ó seis meses en prisión, la segunda en un momento crítico de su carrera de farmacia. Sus investigaciones se habían publicado recientemente en el *Boletín de la Academia de Ciencias*, disponiéndose á pasar sus exámenes universitarios. Al fin fué puesto en libertad, porque la policía no pudo descubrir suficientes pruebas contra él para aplicarle el destierro á los Urales. «Pero si os volvemos á arrestar otra vez», le dijeron, «os enviaremos á Siberia». Era, en verdad, un sueño favorito de Alejandro II el formar en alguna parte de las estepas una población especial, guardada noche y día por patrullas de cosacos, adonde se pudiera mandar á la juventud sospechosa, y constituir con ella una ciudad de diez ó veinte mil habitantes. Sólo el temor de lo que semejante centro de población pudiera llegar á ser algún día, evitó que llevara á cabo este proyecto verdaderamente asiático.

* * *

Uno de nuestros compañeros de círculo, que era un oficial, había pertenecido á un grupo de jóvenes, cuya ambición consistía en servir en los *Zemstvos* provinciales (consejos de distritos y de provincias). Ellos consideraban todo trabajo en tal sentido como altamente provechoso, y se preparaban para realizarlo, estudiando detenidamente las condiciones económicas de la Rusia central. Muchos de los jóvenes alimentaron por algún tiempo esas ilusiones; pero todas se desvanecieron al primer contacto con la máquina gubernamental.

Habiendo concedido una forma muy limitada de autonomía á ciertas provincias rusas, el gobierno dirigió inmediatamente después todos sus esfuerzos á anularla, privándola de toda su significación y vitalidad. La «autonomía» provincial tuvo que contentarse con ser la mera función de agentes del Estado encargados de recaudar impuestos locales adicionales, é invertirlos en las necesidades provinciales de aquél. Todo intento de las diputaciones de provincias para tomar iniciativas, mejoras agrícolas, etcétera, era mirado por el gobierno central con prevención y hasta con hostilidad, siendo denunciado por la *Gaceta de Moscov* como «separatismo», como la creación de «un Estado dentro del Estado» y como rebeldía contra la autocracia.

Si alguien fuera á contar la verdadera historia, por ejemplo, de la escuela normal de Tver, ó de otra empresa parecida de los *Zemstvos* en aquella época, con todas las ruines persecuciones, prohibiciones, suspensiones y todo género de dificultades con que se trataba de embarazar

la marcha de la institución, ningún lector del Occidente europeo, y en particular americano, lo creería. Arrojaría el libro á un lado, diciendo: «No puede ser verdad; es demasiado inverosímil para que lo sea». Y sin embargo, nada más cierto. Grupos enteros de los representantes electos de varios *Zemstvos* eran privados de sus cargos, arrojados de sus provincias y sus estados, ó simplemente desterrados, por haberse atrevido á pedir al emperador, del modo más respetuoso posible, algo de lo que legalmente correspondía á dichas corporaciones. «Los diputados provinciales no deben ser más que funcionarios ministeriales y obedecer al ministro de la Gobernación». Tal era la teoría del gobierno de San Petersburgo. En cuanto á la gente de segunda fila — maestros, médicos y empleados de todas clases al servicio de los municipios —, eran separados de sus puestos y desterrados por la policía de Estado en veinticuatro horas, sin más ceremonia que una orden de la omnipotente Sección Tercera de la cancillería imperial. Sin ir más allá del año anterior, diré que una señora cuyo esposo es rico terrateniente y ocupa una posición distinguida en uno de los *Zemstvos*, y que se halla interesada en todo lo referente á instrucción pública, invitó á ocho profesores de primera enseñanza á una fiesta que daba con motivo de su cumpleaños. «Pobre gente», se dijo á sí misma; «sin otro trato que el de los campesinos». Al día siguiente la policía llamó á su puerta, pidiendo los nombres de los ocho maestros que habían asistido al referido acto, con objeto de comunicar el hecho á las autoridades respectivas. Y como la señora se negara á darlos, le dijeron: «Está bien; ya los encontraremos, sin embargo, y se transmitirá el informe. Los maestros *no deben* reunirse, y si lo hacen, hay que dar parte». Sólo la elevada posición de la dama pudo escudar á aquéllos en este caso; si la reunión hubiera tenido lugar en casa de una persona menos importante, después de ser visitados por la policía de Estado, la mitad, cuando menos, hubieran sido dados de baja por el ministro del ramo; y si, por ventura, una palabra más alta que otra se le escapaba á alguno de ellos durante la visita policiaca, al punto sería enviado á una de las provincias uralas. Esto es lo que pasa hoy, á los treinta y tres años de la apertura de los consejos provinciales y locales; pero era mucho peor en los que mediaron del 70 al 80. ¿Qué clase de base para una lucha política podía ofrecer tal situación?

Cuando heredé de mi padre su estado de Tambóv, pensé formalmente, durante algún tiempo, en fijar mi residencia allí y dedicar mis energías á trabajar en el *Zemstvo* local. Algunos campesinos y los curas más pobres de las intermediaciones me habían pedido que lo hiciera. En cuanto á mí, me hubiera contentado con hacer cualquier cosa, por insignificante que fuera, con tal de poder así contribuir á elevar el nivel intelectual y material de los agricultores. Pero un día, cuando se hallaban reunidos muchos de los que tal me aconsejaban, les pregunté: «Suponiendo que yo tratara de montar una escuela, una granja modelo, una sociedad cooperativa, y al mismo tiempo tomara á mi cargo la defensa de aquellos de nuestros campesinos que han sido últimamente atropellados, ¿me lo permitirían las autoridades?» «¡No, jamás!», fué la contestación unánime.

Un cura anciano, de cabellos grises, hombre á quien se tenía en

gran estima en aquellos alrededores, vino á verme algunos días después, con dos jefes de influencia, disidentes, y me dijo: «Hablad con estos dos hombres. Si os avenís á ello, id en su compañía, y, biblia en mano, predicad á los campesinos... Ya sabéis lo que hay que propagar... No hay policía en el mundo que pueda encontraros, como ellos os oculten... No hay nada más que hacer; esto es lo que yo, que soy viejo, os aconsejo».

Les dije francamente el por qué no podía asumir el papel de Wielif; pero el anciano tenía razón. Un movimiento parecido al de los Lollards va creciendo rápidamente entre los campesinos rusos. Las torturas á que han sido sometidas gentes tan amantes de la paz como los Dukabors, é incursiones como las realizadas contra los campesinos disidentes del Sur de Rusia en 1897, en las que se robaron las criaturas para poder educarlas en monasterios ortodoxos, sólo conseguirán dar á ese movimiento una fuerza que jamás hubiera alcanzado hace veinticinco años.

* * *

Como la cuestión de agitarse en favor de una Constitución era continuamente tema de discusión en nuestra sociedad, propuse yo una vez que se considerase el asunto en serio, adoptándose un plan conveniente de acción. Siempre opiné que cuando se tomaba un acuerdo por unanimidad, cada miembro debía dejar aparte sus inclinaciones personales y poner en la empresa todas sus energías. «Si resolvéis provocar una agitación con el fin indicado», les dije, «he aquí mi plan: me separaré de vosotros en apariencias, manteniendo relaciones sólo con un individuo de la sociedad — por ejemplo, Tchaikowsky —, por quien tendré noticias de la marcha de vuestros trabajos y podré comunicaros de un modo general la de los míos. Mi campo de acción será entre los cortesanos y altos funcionarios; tengo en el seno de esas clases muchas relaciones y conozco á un gran número de personas que se hallan disgustadas con la situación actual. Las aproximaré y uniré, si es posible, en alguna especie de organización, y después, en un momento dado, es indudable se ha de presentar la oportunidad de poner en acción esas fuerzas, á fin de obligar á Alejandro II á dar una Constitución al país. Llegará de fijo un momento en que todas estas gentes, al verse comprometidas, por interés propio darán un paso decisivo. Si es necesario, alguno de nosotros, de los que han sido oficiales, podrán prestar mucho servicio extendiendo la propaganda entre sus antiguos compañeros de armas; pero este trabajo debe ir completamente separado del vuestro, aunque caminando paralelamente con él. Hé meditado detenidamente sobre ello; conozco bien el personal y en quiénes se puede tener confianza, y hasta creo que algunos de los descontentos ya han pensado en mí como posible centro de acción para algo parecido. Esta línea de conducta no la seguiría únicamente por mi voluntad; pero si vosotros la consideráis conveniente, á ella me dedicaré por completo».

El círculo no aceptó esta proposición. Conociéndose unos á otros tan bien como se conocían mis compañeros, creyeron probablemente que, si yo me lanzaba en tal dirección, dejaría de estar de acuerdo conmigo mismo. En nombre, pues, de la tranquilidad de mi conciencia y de la conservación de mi vida, nunca agradeceré ahora lo bastante

el que entonces no se admitiera mi propuesta. Porque de haberlo sido, me hubiera visto obligado á caminar por una senda poco en armonía con mi naturaleza, no encontrando en ella la felicidad que he hallado siguiendo otros derroteros. Mas cuando seis ó siete años después se vieron empeñados los terroristas en su terrible lucha contra Alejandro II, lamenté que no hubiera habido alguien que hubiese hecho la clase de trabajo que yo me ofrecí á efectuar en los círculos elevados de San Petersburgo. Habiéndose establecido de antemano alguna inteligencia, y con las ramificaciones que ésta probablemente habría podido echar en todo el imperio, el holocausto de la víctima no se hubiese hecho en vano. De todos modos, los trabajos de zapa del comité ejecutivo debieron por todos estilos haber sido secundados por una agitación paralela en el Palacio de Invierno.

* * *

Una y otra vez, la necesidad de una acción política se volvió á discutir en nuestro pequeño grupo, sin ningún resultado. La apatía y la indiferencia de las clases más acomodadas, eran, en verdad, desconso-ladoras, y la irritación de la juventud perseguida no había llegado á esa alta tensión que terminó seis años más tarde, en la campaña de los terroristas á las órdenes del comité ejecutivo. Pero hay más todavía — y esta es una de las más trágicas ironías de la Historia —; la misma juventud que Alejandro II, en su ciego temor y su ira, ordenó que se mandara á centenares á trabajos forzados, condenándola á una muerte lenta en el destierro, fué la que le protegió desde el 70 al 78. La propaganda que se hacía en los círculos socialistas estaba calculada como útil para evitar la repetición de atentados como el de Karakozoff contra la vida del zar. «Preparad en Rusia un gran movimiento socialista en que tomen parte obreros y campesinos», era entonces la consigna. «No os preocupéis del zar y sus consejeros; si tal movimiento se inicia, si los trabajadores se unen á él para reclamar la tierra y pedir la abolición del impuesto de la redención de la servidumbre, el poder imperial será el primero en solicitar el apoyo de las clases adineradas y los terratenientes y convocar un parlamento; así como la insurrección de los campesinos en Francia, en 1789, forzó al poder real á convocar la Asamblea Nacional, así ocurrirá en Rusia».

Mas esto no era todo. Grupos é individuos aislados, viendo que el reinado de Alejandro II estaba irremisiblemente condenado á sumergirse más profundamente en la reacción, y alimentando al mismo tiempo vagas esperanzas respecto al supuesto «liberalismo» del presunto heredero — de todos los jóvenes herederos de tronos se supone siempre otro tanto —, retornaban con persistencia á la idea de que el ejemplo de Karakozoff debiera ser imitado. Sin embargo, los círculos organizados se opusieron enérgicamente á tal idea, aconsejando á sus compañeros que no apelaran á ese procedimiento. Ya puedo divulgar lo siguiente, que hasta ahora jamás se había hecho público. Cuando un joven vino de una de las provincias del Sur á San Petersburgo con la firme intención de matar á Alejandro II, y algunos de los miembros del círculo de Tchaikowsky se enteraron del proyecto, no sólo emplearon

todos los argumentos imaginables para disuadirlo, sino que, al ver que esto no era posible, le manifestaron que le vigilarían y le impedirían por la fuerza el llevar á cabo semejante atentado. Conociendo bien lo poco resguardado que se hallaba en aquel tiempo el Palacio de Invierno, bien se puede afirmar que le salvaron la vida al emperador. Hasta tal punto era opuesta la juventud en dicha época á la guerra en que más tarde, cuando rebosó la copa de sus sufrimientos, se vieron obligados á participar.

XV.

Los dos años que pasé en el círculo de Tchaykousky, antes de que me prendieran, influyeron poderosamente en mi posterior modo de ser y de pensar. Durante estos dos años puede decirse que era vivir á alta presión; era experimentar esa exuberancia de vida en que se siente á cada momento el completo latir de todas las fibras del yo interno, y se tiene conciencia de que vale la pena vivir. Me hallaba como en familia en una asociación de hombres y mujeres, tan íntimamente unidos por una aspiración común y tan amplia y delicadamente humanos en sus mutuas relaciones, que no puedo recordar ahora un solo momento en que un pasajero rozamiento viniese á turbar la armonía general. Los que conozcan por experiencia lo que es vivir en el seno de una agitación política, apreciarán el valor de lo manifestado.

Antes de abandonar por completo mi carrera científica me consideré obligado á terminar la memoria de mi viaje á Finlandia para la Sociedad Geográfica, así como otro trabajo que tenía entre manos para la misma; y mis nuevos amigos fueron los primeros en confirmarme en tal decisión, diciendo que no estaría bien proceder de otra manera. Así que trabajé con fe para terminar pronto mis libros de geografía y de geología.

Las sesiones de nuestro círculo eran frecuentes y jamás falté á ellas. Entonces nos reuníamos en uno de los barrios extremos de San Petersburgo, en una casita de la que Sofía Peróuskaya, con el nombre supuesto y pasaporte falsificado de la mujer de un obrero, era la inquilina. Era hija de una familia aristocrática y su padre fué durante algún tiempo gobernador militar de San Petersburgo; pero, de acuerdo con su madre, que la adoraba, abandonó su hogar para ingresar en un instituto de segunda enseñanza, fundando con las tres hermanas Korniloff — hijas de un rico industrial — aquel pequeño círculo de mutua cultura, que más tarde se convirtió en el nuestro. Ahora, presentándose como mujer de un artesano, con traje de algodón y botas de hombre, la cabeza cubierta con un pañuelo ordinario, y acarreado cubos de agua del Neva, nadie hubiera podido reconocer en ella á la joven que pocos años antes brillaba en uno de los salones más elegantes de la capital. Era á todos simpática, y no había nadie que al entrar en la casa no la saludara con una sonrisa; hasta cuando, haciendo cuestión de honor el tener el local lo más limpio posible, nos reprendía por el barro que nosotros, vestidos con pieles de carnero y calzando botas altas, como las que usan los campesinos, traíamos del exterior, después de haber atravesado las calles cenagosas de los suburbios. En tales casos procuraba dar á su

infantil, inocente y pequeño rostro lleno de inteligencia la más severa expresión posible. En su concepción de la moral era « rigorista », pero no del tipo de las aficionadas á sermonear. Cuando estaba disgustada de la conducta de alguno, le dirigía una grave mirada, frunciendo ligeramente el entrecejo; pero hasta en esto se advertía la bondad de su carácter y la nobleza de su corazón, que sabía apreciar todo lo que es humano. Sólo en un punto era inexorable. « El hombre de varias mujeres », dijo una vez, hablando de alguno, y la expresión y el modo de decirlo, sin interrumpir su trabajo, fueron tales, que se grabaron para siempre en mi memoria.

Peróuskaya era una « populista » hasta el fondo mismo de su corazón, y al mismo tiempo una revolucionaria y una luchadora de energía incomparable y sin igual. No necesitaba embellecer al obrero y al campesino con virtudes imaginarias con objeto de amarlos y trabajar por su redención. Los tomaba tales como son, y me dijo una vez: « Hemos empezado una gran obra. Tal vez sucumban dos generaciones antes de llegar á la meta; pero al fin ella se alcanzará ». Ninguna de las mujeres de nuestro círculo hubiera desmayado ante el temor de morir en el cadalso; todas hubiesen mirado á la muerte cara á cara; pero en aquel período de nuestra propaganda no tenían motivo alguno para esperar tal resultado. El tan conocido retrato de Peróuskaya es verdaderamente notable; él nos trae á la memoria su valor sin límite, su clara inteligencia y la delicadeza de sus sentimientos. La carta que escribió á su madre, horas antes de ir al patíbulo, es una de las expresiones más tiernas de amor filial que el corazón de una mujer ha podido dictar jamás.

El siguiente suceso mostrará lo que eran las demás de nuestro círculo. Una noche, Kupreyanoff y yo fuimos á casa de Varvara B., á quien teníamos que comunicar algo urgente. Era más de media noche; pero viendo luz en su ventana, subimos la escalera. Ella se hallaba en su pequeña habitación sentada á la mesa copiando un documento del círculo. Y conociendo lo resuelta que era, se nos ocurrió la desgraciada idea de darle una de esas bromas impertinentes que los hombres algunas veces consideran graciosas. « B. — le dije —, veníamos á buscarte; vamos á intentar la poco menos que loca empresa de libertar á los compañeros que se hallan presos en la fortaleza. » Ella no hizo ninguna observación: dejó tranquilamente la pluma, se levantó de la silla y sólo dijo: « Vamos ». Habló con voz tan reposada y natural, que desde luego comprendí lo neciamente que había procedido, y le manifesté la verdad. Entonces se dejó caer desplomada en su asiento, y con lágrimas en los ojos y palabra en que se revelaba la emoción, me interrogó de esta manera: « ¿ No era más que una chanza? ¿ Por qué dais bromas semejantes? » Esto me hizo comprender la crueldad de lo que yo había hecho.

* * *

Otro muy apreciado de nuestro círculo era Serghéi Kranschivki, que tan bien conocido llegó á ser, tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos, bajo el seudónimo de Stepniak. A menudo se le llamaba « la Criatura », debido á lo poco que se preocupaba de su propia seguridad; pero este descuido de sí mismo no era sino el resultado de la falta com-

pleta de temor, lo cual, después de todo, es la mejor política para aquel que es objeto de la vigilancia policiaca. Como pronto se dió á conocer por su propaganda en los círculos de los trabajadores, con su verdadero nombre de Serghéi, la policía deseaba echarle el guante; á pesar de lo cual, no tomaba ninguna precaución para ocultarse, y recuerdo que un día fué severamente amonestado en una de nuestras reuniones por lo que se calificó de gran imprudencia. Habiéndose retrasado para venir á la sesión, como le pasaba con frecuencia, y teniendo que salvar una gran distancia antes de llegar á nuestra casa, vino vestido de campesino, con su correspondiente zamarra, y á la carrera por el centro de una de las calles de más tránsito de la capital. « ¿Cómo habéis hecho tal cosa? — le preguntaron en tono de reproche —; pudierais haber despertado sospechas y dado lugar á que os detuvieran como á un ladrón vulgar ». Y, sin embargo, pocas personas eran tan cautas como él en asuntos donde otros pudieran verse comprometidos.

El principio de nuestra estrecha intimidad fué con motivo del libro de Stanley, titulado *Cómo descubrí á Livingstone*. Una noche, la sesión había durado hasta las doce, y cuando nos hallábamos á punto de partir, una de las hermanas Korniloff entró con un libro en la mano, preguntando quién de nosotros se comprometería á traducir para las ocho de la mañana siguiente diez y seis páginas de aquél. Miré el tamaño de ellas y dije que si alguien me ayudaba podía ejecutarse dicho trabajo durante la noche. Serghéi se brindó á hacerlo, y á las cuatro de la mañana la traducción estaba terminada. Nos leímos mutuamente nuestros trabajos con el texto á la vista, bebiéndonos después un jarro de caldo ruso que habían dejado destinado á nosotros sobre la mesa, y salimos juntos para volver á casa. Desde aquella noche quedamos hechos íntimos amigos.

Siempre me ha gustado la gente capaz de trabajar y de hacerlo esmeradamente; así que la traducción de dicho compañero y su disposición para efectuarlo con rapidez ganaron mis simpatías. Y cuando lo conocí más á fondo, me inspiraron un verdadero afecto su carácter franco y abierto, su juvenil energía y buen sentido, su inteligencia superior, su sencillez, su reserva y su valor y tenacidad. Había leído y pensado mucho, y respecto al carácter revolucionario de la partida en que estaba empeñado, parecía que éramos de la misma opinión. El tenía diez años menos que yo, y tal vez no apreciaba exactamente qué lucha tan encarnizada había de ser la próxima revolución. Una vez nos contó con mucho gracejo el trabajo que hacía en el campo entre los agricultores. « Un día — dijo — iba yo por un camino con un compañero, cuando fuimos alcanzados por un aldeano que venía en un trineo. Yo empecé á decirle que no debía pagar la contribución, que los empleados son unos bandidos que roban al pueblo, procurando convencerlo con citas tomadas de la Biblia, de que debían rebelarse. El fustigó al caballo y nosotros avivamos el paso; lo hizo trotar, y nosotros trotamos también, sin dejar de hablarle de lo mismo. Finalmente, lanzó el animal al galope; pero como era de poco poder — una jaquilla ruin y flaca de las que tienen los campesinos — nosotros no nos quedamos atrás, sino que seguimos propagando hasta que nos faltó el aliento ».

Durante algún tiempo Serghéi residió en Kazán, y estuve en co-

respondencia con él; pero como siempre le disgustaba escribir en cifras, propuse un medio de comunicación que ya se había usado en las conspiraciones, y era el siguiente: se escribe una carta corriente, hablando de una multitud de cosas, pero sólo ciertas palabras — supongamos que sea cada cinco — son las que han de tenerse en cuenta. Se dice, por ejemplo: « Excusar lo precipitado de esta carta. No descanso jamás; noche tras noche trabajo, y os aseguro que ayuda nunca espero ». Y no leyendo más que cada quinta palabra, se encuentra: « Esta noche os espero. » Tal proceder nos obligaba á escribir cartas de seis ó siete páginas para transmitir una de información, teniendo que poner á prueba nuestra imaginación, á fin de llenar aquéllas con toda clase de asuntos y poder introducir las palabras que se necesitaban. Mi amigo, á quien no era posible hacer que se sirviera de una clave, se aficionó á esta clase de correspondencia y solía enviarme cartas conteniendo cuentos, con detalles interesantes y desenlaces dramáticos. Después me dijo que semejante ejercicio le sirvió para desarrollar sus facultades literarias. La verdad es que cuando se tiene capacidad todo contribuye á su desenvolvimiento.

En Enero ó Febrero del 74, estaba yo en Moscú, en una de las casas en que pasó mi infancia. De mañana me anunciaron que un campesino deseaba verme: salí y me encontré con Serghéi que acababa de escaparse de Tver. Era de fuerte complexión, y él y otro ex oficial llamado Rogachoff, dotado también de grandes fuerzas físicas, habían ido recorriendo el país como aserradores de madera. El trabajo era bien penoso, especialmente para gentes no acostumbradas á él, pero á ambos le agradaba, y nadie hubiera podido suponer eran oficiales disfrazados aquellos dos robustos trabajadores. Viajaron de tal modo durante quince días, sin despertar sospechas, é hicieron propaganda revolucionaria á derecha é izquierda sin temor alguno. Otras veces, el primero, que casi se sabía de memoria el Nuevo Testamento, se dirigía á los campesinos aparentando ser un predicador religioso, demostrándoles con citas de la Biblia que debían iniciar una revolución. En otras ocasiones basaba sus argumentos en las doctrinas expuestas por los economistas, siendo siempre escuchados por el pueblo los dos como verdaderos apóstoles, llevándolos de casa en casa, y negándose á recibir nada por el alojamiento. En esos pocos días produjeron una verdadera conmoción en varias poblaciones y aldeas; su fama se iba extendiendo en todas direcciones; y los trabajadores, lo mismo jóvenes que viejos, se decían mutuamente con cierta reserva en los graneros algo respecto á los « delegados », concluyendo por alzar la voz, y manifestar, más enérgicamente que de costumbre, que los terratenientes serían expropiados de sus tierras, recibiendo en cambio una pensión del zar. La gente joven se hizo más agresiva que de ordinario con la policía, diciéndole: « Aguardad un poco, que ya llegará nuestra vez; vuestro reinado, como el de Herodes, no ha de ser ahora largo ». Pero la fama de los aserradores llegó á oídos de las autoridades y fueron detenidos, dándose la orden de que los condujeran á la estación de policía más próxima, que se hallaba á diez y seis kilómetros de distancia.

Los llevaron custodiados por varios labriegos, y en el camino tuvieron que pasar por un lugar que celebraba su fiesta. « ¿Presos? Está bien; aquí cabemos todos », dijeron los del pueblo, que bebían todos en honor

del día. Allí pasaron buena parte de éste, llevándolos la gente de una parte á otra y obsequiándolos con cerveza casera. A los guardianes no había que decirselo dos veces: bebieron, y se empeñaron en que también bebieran los presos. «Afortunadamente — decía Serghéi — pasaban la cerveza en tan grandes tazones de madera, que yo podía hacer como que bebía sin que nadie lograra apercibirse de si lo había hecho ó no». Al llegar la noche, los encargados de acompañar los presos estaban todos ebrios, y no queriendo presentarse de tal modo á las autoridades, decidieron permanecer allí hasta la siguiente mañana. Dicho amigo, aprovechando la coyuntura, no dejó el uso de la palabra; y todos lo escuchaban con interés, lamentando que tan buena persona hubiera sido detenida. Cuando ya iban á dormir, un joven campesino le dijo al oído al amigo mencionado: «Al ir á cerrar la puerta dejaré sin echar la llave». Serghéi y su compañero no echaron en saco roto la indicación, y tan pronto como los otros se durmieron se plantaron en la calle, poniéndose á caminar á buen paso, y á las cinco de la mañana se encontraban á treinta y cuatro kilómetros del lugar, en una pequeña estación de ferrocarril, donde tomaron el primer tren para Moscou, en cuya ciudad se quedó mi amigo, y cuando nos prendieron á todos en San Petersburgo, el círculo de aquélla, bajo su inspiración y la de Voinaralsky, vino á ser el centro principal de la agitación.

* * *

Aquí y allá, pequeños grupos de propagandistas se habían formado en poblaciones grandes y pequeñas bajo diferentes conceptos. Se montaron talleres de herrería, y se establecieron pequeñas granjas, trabajando en unos y otras jóvenes de las clases más pudientes, á fin de estar en contacto diario con las masas trabajadoras. En Moscou, muchas jóvenes de familias ricas, que habían hecho sus estudios en la Universidad de Zurich y fundado una organización especial, llevaron tan lejos su amor á la idea, que hasta entraron en fábricas de algodón, trabajando de catorce á diez y seis horas diarias, y viviendo en las barracas de la fábrica, en compañía de las pobres muchachas rusas, verdaderas esclavas industriales. Era un gran movimiento, en que, por lo menos, de dos á tres mil personas tomaron una parte activa, en tanto que, dos ó tres veces ese número de simpatizadores y amigos ayudaban de varios modos los trabajos de la vanguardia. Con una mitad, más bien más que menos, de ese ejército, nuestro círculo de San Petersburgo estaba en regular correspondencia; siempre, por supuesto, sirviéndose de clave.

La literatura que podía publicarse en Rusia, bajo una censura rigurosa — siendo motivo de prohibición la más pequeña alusión al socialismo — pronto se vió que era insuficiente, y montamos por nuestra cuenta una imprenta en el exterior. Hubo que escribir folletos para los obreros y los campesinos, y á nuestra «comisión literaria», á la que yo pertenecía, nunca le faltaba algo que hacer. Serghéi escribió dos de esos opúsculos, uno en el estilo de Lamennais, y otro conteniendo una exposición del socialismo en un cuento fantástico, teniendo ambos gran circulación. Los libros y folletos que se imprimían fuera, entraban á millares, de contrabando, en Rusia, y se depositaban en determinados

sitios, remitiéndose luego á los círculos locales, que los distribuían entre los trabajadores. Todo esto exigía una vasta organización, así como un viajar constante, y una colosal correspondencia, para poner á nuestros amigos y nuestros libros al abrigo de la policía. Teníamos claves diferentes para cada provincia, y con frecuencia, después de haber empleado seis ó siete horas en discutir todos los detalles, las mujeres, que no se fiaban mucho de nuestra escrupulosidad en esta clase de correspondencia, se pasaban toda la noche cubriendo pliegos de papel con números y fracciones cabalísticas.

La mayor cordialidad reinaba siempre en nuestras reuniones. Pre-sidencias y formalidades de todas clases son cosas tan completamente repulsivas para el carácter ruso, que las habíamos suprimido; y á pesar de que nuestros debates eran algunas veces extremadamente acalorados, sobre todo cuando se discutían «cuestiones de principios», nos pasábamos sin las formalidades de Occidente. Una sinceridad absoluta, un general deseo de resolver las dificultades lo mejor posible, y un desprecio francamente expresado de todo lo que en lo más mínimo revistiera afectación teatral bastaban para el caso. Si alguno de nosotros se hubiera aventurado á buscar efectos oratorios por medio de un discurso, bromas de buen género le hubiesen demostrado desde luego que el perorar no estaba ya de moda. A menudo teníamos que comer durante estas sesiones. Nuestro alimento se componía invariablemente de pan de centeno, pepino, un pedacito de queso y te claro en abundancia para apagar la sed. Y no era que faltase el dinero; siempre había suficiente, y, sin embargo, nunca era bastante para hacer frente á los gastos, que no dejaban de seguir creciendo, de imprenta, transporte de libros, ocultar á los amigos á quienes buscaba la policía y emprender nuevos trabajos.

En San Petersburgo pronto adquirimos amplias relaciones con los obreros. Serdukóff, joven de educación esmerada, había contraído amistad con varios mecánicos, la mayor parte colocados en una fábrica del Estado del departamento de artillería, y organizado además un círculo compuesto de unos treinta miembros, que acostumbraban á reunirse para leer y discutir. Los mecánicos están regularmente retribuidos en dicha capital, y los solteros lo pasaban regular. Pronto se hallaron familiarizados con la literatura radical y socialista corriente; los nombres de Buckle, Lasalle, Mill, Draper y Sielhagen se hicieron familiares para ellos, y por su aspecto, estos obreros inteligentes se diferenciaban bien poco de los estudiantes. Cuando Kelnitz, Serghéi y yo entramos á formar parte del círculo, visitábamos con frecuencia su grupo, dando allí conferencias familiares sobre diversidad de materias. Sin embargo, nuestras esperanzas de que estos jóvenes hubieran de llegar á convertirse en ardientes propagandistas entre las clases menos privilegiadas de trabajadores, no se realizaron por completo. En un país libre, hubiesen sido los oradores habituales de los mitins; pero, como los trabajadores especiales de la industria relojera en Ginebra, miraban á las masas que trabajaban en las fábricas con una especie de desprecio, y no se daban prisa en convertirse en mártires de la causa socialista. Sólo después de haber sido arrestados, y pasar tres ó cuatro años en prisión por tener el atrevimiento de *pensar* como socialistas, sondeando la profundidad del absolutismo ruso, fué cuando muchos de ellos vi-